

CAPÍTULO I

El viaje había sido molesto y quizá Omar lo atribuía al peso de la edad. Ya no era un chaval, como cuando bajaba y subía en un año hasta ocho veces entre Córdoba y Onna. Ahora, diecinueve años después de la victoria en Covadonga, hacía el viaje una vez en primavera y otra en otoño y ya eran más que suficientes. Sus nalgas sufrían tanto como su cabeza, cada vez más pelada.

Tenía pensado ver a Pelayo en cuanto llegara, pero al descabargar y dejar al jumento en la cuadra, prefirió descansar un poco. Tanto que se adormiló como un anciano; ya había caído la noche cuando se despertó de nuevo.

Fue por la mañana cuando pudo ver a su querido amigo y en cuanto vio su rostro, se quedó muy sorprendido. Hacía tres largos años que no lo veía y el cambio fue impresionante; la piel ajada como un viejo manuscrito que pierde la tinta y se arruga, entre frases donde no se distinguen las palabras. Los ojos hundidos, apenas entreabiertos ante unos párpados que se plegaban como ropa mal doblada. El pelo lacio, a mechones enmarañados que dejaban entrever un cuero cabelludo repleto de llagas. Estaba sentado. No, medio tumbado en una silla donde habían prolongado unos reposapiés bajo almohadones algo destejidos.

—Pelayo, amigo mío, ¿cómo estás? —le preguntó al llegar. Vio un atisbo de brillo en la mirada cuando lo reconoció.

—¡Omar!, ¡por todos los demonios! —contestó entre unos labios que apenas se despegaban para pronunciar las sílabas—, ¿estás hecho un chaval!

—¡Ay, camarada!, el tiempo no perdona —contestó Omar—, hasta me faltan las fuerzas para cargar cada vez las mulas.

—Nos estamos volviendo unos cascarrabias, viejo amigo —exclamó Pelayo—, ya ni siquiera mi nuera me trae a mis queridos nietos. Esa maldita goda dice que aún los asusto demasiado —y se echó a reír a trompicones, como si le faltara el aire para la siguiente carcajada. Omar no pudo más que sentir una profunda lástima. Con lo que había sido este hombre: ¡todo un rey de las montañas!

Se sentó a su vera y una sierva entrada en años le acercó un tazón de líquido humeante. Tras beber un sorbo, se fijó en que Pelayo lo miraba con envidia.

—¡Qué suerte la tuya! —comentó—, a mí ya solo me dejan beber agua y nunca demasiado fría —se quejó.

—Eso es que te quieren, viejo gemebundo. Bueno, ¿y cómo van aquí las cosas? —preguntó Omar con la intención de distraerlo, pero erró en su intención, pues una nube de tristeza nubló sus ojos hasta apagar el brillo de antes.

—No muy bien —contestó al fin—, ese yerno mío y su loco hermano hacen lo que quieren aquí y veo que mi hijo va a ser un juguete en sus manos.

—Favila ya es un hombre hecho y derecho, amigo mío —apostilló Omar—, y buena persona gracias a su madre. Sabrá cómo atarles en corto.

De nuevo la mirada de Pelayo volvió a brillar con fuerza, como si quisiera emular aquellos buenos años en que su espada era temida hasta en las tierras que besan el mar.

—Déjate de tonterías, chico —respondió el otro bufando como antaño, mientras su mirada regresaba a la edad que su cuerpo tenía. Los dos se callaron por un momento, que a Omar le pareció eterno. ¡Cómo decirle a este hombre que su hijo solo mandaría de nombre y a saber si no lo asesinaban al día siguiente de su entierro!

No se lo podía comentar de ninguna forma, pues aceleraría su triste final. Alfonso y Fruela, Fruela y Alfonso, vaya dos patas para un carro que

cada vez más se teñía de sangre. ¡Qué pena le daba Ermesinda, casada de por vida con el mayor de esos hermanos, unos completos falsarios!

En medio de un silencio atronador y pesado, hubo un momento en que la mirada de ambos se cruzó, comprendiéndose al instante. El primero que habló fue el de mayor edad.

—Viejo amigo —comenzó—, no sé el tiempo que me queda de vida, solo el buen Dios lo sabe —Omar iba a protestar, pero Pelayo levantó con desgana la envejecida palma de su mano diestra—. Sí, sí, ya te veo venir, déjame terminar —inhaló aire pausadamente y lo exhaló aún con más lentitud si cabe—, lo que te pido es que cuides de mis nietos... su padre ya está sentenciado, lo sé, pero esos niños merecen tener una oportunidad de medrar en el anonimato. ¿Harás eso por mí, viejo amigo?

Incorporándose, Omar se aproximó hasta él, puso la mano izquierda sobre el viejo hombro y después de cerrar los labios en una sonrisa sincera, contestó:

—Dalo por hecho, carcamal —apretó sus dedos y recogió el brazo, mientras Pelayo suspiró agradecido—, pero que sepas que todavía te toca dar mucha guerra, ¿eh?

Más tarde y al abandonar esas nobles dependencias tras despedirse, observó por el rabillo del ojo cómo ese hombre al que siempre había admirado retomaba su estado laxo, casi vegetativo, sin pronunciar palabra. Tal visión ahogó en pesadumbre el alma del bereber.

Dos días después abandonaba Onna para dirigirse al sur. Hasta la primavera no volvería a pisar estas tierras que tantos años atrás le habían cambiado la vida. Cabalgando al paso, rememoró el momento en que tuvo la suerte de hallar la joya que tan bien había escondido Pelayo en la ribera del río Guadalquivir, a su paso por “la ciudad de los niños”, como la bautizaron los primeros musulimes cuando conquistaron Córdoba. Después de un tiempo removiendo piedras en la orilla, Muriel y él estaban desesperados. Fue el instante en que hizo las tres promesas que aún mantenía. Recordó de nuevo ese desesperado

pensamiento de entonces: «Alá, si encontramos la joya antes de que se vaya el último rayo de sol, te hago tres promesas: jamás dejaré de rezarte, nunca abandonaré a mi familia y no volveré a matar. Si no las cumpla, lleva mi alma a los infiernos, y no permitas que regrese de nuevo al mundo de los vivos».

Ya habían claudicado ambos cuando movieron a la pequeña Sama, que descansaba entre las sombras de las juncias y tarajales de la ribera. Antes de dejar el río atrás, la niña comenzó a llorar. Su mujer se quedó quieta y el bebé se calmó. Avanzó otro poco y regresaron los llantos. Muriel volvió sobre sus pasos y se acalló el sollozo. En silencio, se movió hacia la izquierda y parecía que Sama sonreía. Cambió de rumbo y de nuevo el lloriqueo. Entonces, giró de nuevo a la izquierda y avanzó más despacio esta vez. Movía a la niña por delante de un lado a otro como si fuera una zahorí. Cuando veía un atisbo de sonrisa, por ahí avanzaba, hasta que la pequeña carcajeó abiertamente. Entonces se paró:

—Omar, descubre estas piedras —ordenó Muriel tras señalar con su pie derecho. Justo bajo la tercera, hallaron el anhelado rubí. Era el ojo de San Pedro. Brilló al sol de tal forma que hasta parecía contento de ser hallado. Todos estos años habían guardado celosamente el San Pedro y tan bien les habían ido las cosas, que no necesitaron de él.

¡Cómo se abrazaron al encontrarlo, con Sama acurrucada entre los dos!

—Tú eres mi hogar, Amor —le susurró Muriel, tras morderle el lóbulo de la oreja— la mejor parte de mí.

—No solo tu sonrisa enamora —contestó embelesado—, toda tú eres candor.

Y besó sus labios hasta derretir el sol.

¡Qué recuerdos!

Un par de jornadas más tarde, cuando se organizaba para acampar ante la cordillera central que dividía ambas mesetas, divisó a un jinete que a todo galope se acercaba hasta él. Se preparó para lo peor.

—¿Eres Omar, el mercader? —preguntó nada más aquietar su montura ante sus pies. El aludido asintió con expresión hierática—. Me envía Favila para anunciarte que su padre falleció anteayer.

Al maduro bereber, tal noticia lo derrumbó y tuvo que apoyarse entre unas piedras cercanas para no caer al suelo. Le dio la sensación de que el tiempo se paraba y que el espacio se contraía. Entonces comenzó a pensar en cumplir la promesa que le había hecho días atrás a Pelayo y se juramentó para salvar a Favila como fuera. Necesitaría una ingente cantidad de dinero para contratar mercenarios que le guardaran las espaldas día y noche, con lo sibilinos que eran ese par de ambiciosos suevos. Fue entonces cuando pensó en la joya. Quizá iba siendo hora de vendérsela a un buen orfebre ladino de Córdoba.

«Ahora todo va a cambiar a peor» fue lo siguiente que su pragmática mente fue capaz de cavilar.

Ya perdió a un gran amigo en Covadonga y ahora se iba para siempre el único que le quedaba.

Su espíritu solo veía sombras a su alrededor y ni un atisbo de luz se asomaba entre tanta tristeza acumulada.